

El café de las 12 en mi descanso antes de entrar a trabajar me llena el vacío y me enciende una luz. Soy feliz de pensar que queda menos para terminar y mucho más para aprovechar. Me recuerda todo aquello que podría hacer después del trabajo. Que podría coger el primer taxi que pasase, irme a la tienda más cara, comprarme el vestido más bonito y presumir el resto del día, como si tuviese de nuevo 16 años. O ir al aeropuerto y tomar el primer vuelo a cualquier lugar del mundo, como si no existiese un mañana. Todo el mundo sabe que mis sueños solo ocurren en las películas y no en la realidad; pero que imaginarlas e inventarlas me vuelven el resto del día más ameno y me endulzan el café de forma más sana.

“Parece mentira que tan solo tengas 25 años” me digo a mí misma. La vida te ha rozado muy poco, a pesar de que muchas cosas han hecho mella en ti y sí, como tanta gente, te consuelas pensando que todavía te queda mucho tiempo por vivir y organizas listas mentales con ideas de que te gustaría hacer en el futuro. Pero lo que nadie sabe es que cuando terminas el café y vuelves al trabajo todo retoma la rutina, como cualquier Martes en una clínica médica. Y cuando terminas tu larga jornada, los pies se te hunden en las calles y solo tienes fuerzas para llegar a tu casa, comerte la comida fría que te trajo mamá el sábado y tumbarte en la cama a dormir. ¿Las razones? Porque tu vida es así y desde que ocurrió hace unos meses te has convertido en un agujero negro del que no puedes salir. Algunos te dicen que eres vaga, mamá te dice que deberías sentirte culpable de no tenerle confianza; pero mientras ellos se quejan de tu comportamiento, tú simplemente lo aceptas.

Tiempo y dinero son tus mayores posesiones y muchas personas darían cualquier cosa por una de las dos, porque tú misma también eres consciente de lo valiosas que son, aunque a veces también seas de las que echan de menos el amor, el cariño y la tolerancia...

Te encantaría poder tener algo de vida social o al menos volver a la de antes, la familia te llamaría loca por haber dicho lo último; pero después de lo que has pasado es lo único que echas de menos: un brazo sobre el que llorar, es decir, tus antiguos amigos. Como te gustaría poder hacer una fiesta en casa con todos de nuevo o una sesión de cine, pero ya no están, porque sin darte cuenta te fuiste alejando de ellos como de muchas cosas más. Pedro te decía que eran niños universitarios con la cabeza hueca y tú al principio te reías, lo peor de todo es que consiguió que te lo creyeras por un tiempo y ahora te arrepientes echándoles de menos.

También te gustaría poder reunirte con la familia, la última vez que les tuviste delante no fue muy emotivo, sus caras solo mostraban enfado y dolor y era horrible, porque esconder secretos no está bien y menos si son del calibre del que tú tenías.

El café de las 12 suele inspirar a pensar en una vida llena de aventuras, pero no da la motivación que se necesita para hacerlas.

Te quedas sentada sobre ese banquillo alto y te miras el uniforme con desgana, entonces te das cuenta de que estás llorando y que has estado llorando todo este tiempo, tanto que el camarero se te ha quedado mirando y te ha preguntado si te pasaba algo y tu respuesta automática ha salido sin haberla pensado; porque todos decimos lo mismo y nunca dejamos que nadie nos ayude cuando más lo necesitamos.

Has recogido tus cosas y caminas por los pasillos, te duelen los pies de llevar zuecos, por tanto te los quitas sin pensarlo dos veces y sigues avanzando hasta el ascensor. Harta de todo se te ilumina la mente *No tocar ningún botón del ascensor y esperar a que ese mueva hacia cualquier piso*, te gustaría cumplirlo, es un sueño como uno de

los de tus listas mentales, porque sabes que aunque sea una tontería, tiene pinta de ser divertido. Así lo cumples, no tocas ninguno de los botones y el ascensor permanece quieto durante unos minutos hasta que le llaman y empieza a moverse de nuevo. Sientes que tu estomago puede explotar en cualquier momento de los nervios que sientes. No sabes si el ascensor baja o sube porque nunca has sabido diferenciarlo; pero sí sabes las ganas que tienes de que se abra y poder ver donde te ha dejado. Cuando se abre ves como sigues permaneciendo en el hospital de siempre; pero esta vez en una planta diferente, la de Podología y Salud Cutánea específicamente. Revisas la planta y lo único que ven tus ojos son personas en salas de espera y a una de tus compañeras, Maite. Si fueras tú en este momento, ni siquiera pensarías en acercarte, al principio de trabajar erais muy buenas amigas; pero Pedro te empezó a decir que era una maruja entrometida y hacerte sentir culpable como siempre. Una pena, porque podríais haber sido muy buenas amigas, *podéis*. De repente empiezas a correr hacía ella con fuerza, una sonrisa de tonta se te dibuja en la cara y se refleja en los cristales de las ventanas. Hacía tanto que no corrías que cuando Maite se gira para ver qué pasa, respiras varias veces para recuperar el aire. Ella te mira indiferente:

-¿Se puede saber qué te pasa, María? ¿Qué es todo este jaleo?-dice con un tono de enfado.

-¿Podrías cubrirme el turno de tarde de hoy, por favor?

Su cara automáticamente dice que no; pero cambia al apreciar la sonrisa que guardas entre tus labios, entonces te la devuelve.

-Está bien, pero con la condición de que me digas qué es eso tan importante que te hace irte a media jornada.- Antes de girarse para continuar su trayecto, te guiña un ojo.

Sales del hospital y coges el primer taxi, como en una de esas películas ambientadas en Nueva York, no sabes a dónde vas ni te importa. Ya estás harta de pasarlo mal, es verdad que duele. Al principio erais felices juntos y ni siquiera te dabas cuenta del daño que te causaba, hasta que llego a mayores; porque así empieza, muy despacio y termina demasiado rápido, sin dejarte tiempo a asimilarlo.